



### Sexta sesión (especial)

Miércoles 11 de junio de 2003, a las 10 horas

*Presidente: Sr. Wamalwa*

ALOCUCIÓN DE SU EXCELENCIA EL SR. THABO MBEKI,  
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE SUDÁFRICA

*Original inglés:* El PRESIDENTE — Es motivo de sumo placer para mí declarar abierta la sexta sesión (especial) de la 91.ª reunión de la Conferencia Internacional del Trabajo. En el día de hoy nos honra con su visita Su Excelencia el Sr. Thabo Mbeki, Presidente de la República de Sudáfrica. Voy a dar la palabra al Secretario General de la Conferencia, para que dé la bienvenida a Su Excelencia, el Presidente Thabo Mbeki.

*Original inglés:* El SECRETARIO GENERAL — Es un privilegio y un honor para mí darle la bienvenida a esta casa nuestra, la OIT. Saludo no sólo al dirigente de la República de Sudáfrica, sino también al dirigente de una nueva Africa. Damos la bienvenida al Presidente de la Unión Africana y al pionero de la Nueva Asociación para el Desarrollo de Africa (NEPAD).

Para todos los presentes, la mera mención del nombre de su país evoca imágenes de lucha, una lucha que fue y es de ustedes, pero también nuestra. El apartheid representaba todo lo que repudiamos.

Nuestra institución luchó encarnizadamente contra el apartheid, y nos enorgullece que en su primera visita a una organización de las Naciones Unidas, Nelson Mandela viniera aquí y hablara ante la OIT en 1990. A él lo acababan de liberar de la cárcel, no así a Sudáfrica. Nos agradeció nuestro compromiso a lo largo de los años difíciles, y nos pidió que recorriéramos la última parte del trayecto juntos.

Usted ha participado en ese viaje en busca de la justicia desde antes de dar sus primeros pasos. Usted nació en medio de la lucha.

Su padre y su madre se lo inculcaron y, a una edad en que la mayoría de los seres humanos ni siquiera están en condiciones de planificar su propio futuro, usted ya estaba dispuesto a forjar el destino de su país.

Lo hizo como dirigente estudiantil a lo largo de muchos años de exilio, a través de campañas por la libertad, dirigiendo el Departamento de Asuntos Internacionales del ANC, y como negociador principal clave en las postrimerías del apartheid. A la postre usted logró enterrar esa lacra en la tumba de la infamia.

La labor de su vida simboliza valores que nuestra Organización intenta concretar en el mundo de hoy: dignidad, equidad, diálogo, comprensión y asociación.

Como dijo usted con ocasión del lanzamiento de la Unión Africana en Durban el año pasado, debemos movilizar a todos los segmentos de la sociedad, a las mujeres, a los jóvenes, al mundo del trabajo y al sector privado a

fin de mejorar nuestra eficacia y de cambiar nuestro continente para bien. Usted ha declarado que ha llegado el momento de que Africa asuma el papel que le corresponde en el concierto mundial. Ha llegado el momento de poner término a la marginación de Africa, e instamos al resto del mundo a que trabaje con nosotros como socios.

Señor Presidente Mbeki, lo apoyamos a usted, a Africa y a su visión para erradicar el flagelo de la pobreza, promover el trabajo decente, crear una paz y una reconciliación duraderas, y reactivar el renacer de Africa y nos comprometemos a seguir trabajando con usted por este camino de la justicia social.

Durante numerosos y difíciles años, muchos de los presentes y muchos de nuestros predecesores anhelábamos oír las palabras que está usted por pronunciar.

Damos la bienvenida a un hombre de visión y de coraje. Damos la bienvenida al Presidente de una República de Sudáfrica democrática y libre, a Su Excelencia el Sr. Thabo Mbeki.

*Original inglés:* Sr. Thabo MBEKI (*Presidente de la República de Sudáfrica*) — Me parece adecuado empezar presentándome. Vengo de Africa. Tengo un empleo. Estoy seguro de que el trabajo que llevo a cabo se ajusta a la descripción de trabajo decente. Aunque no quisiera divulgarlo a los cuatro vientos diría que gano un salario que me permite vivir.

Sin embargo, debo el cargo que ocupo a una decisión que tomaron millones de compatriotas, la mayoría de los cuales son pobres. Estas masas pobres eligieron a los miembros ministeriales de nuestra delegación y a mí, al Gobierno, a sabiendas de que garantizaríamos que el nuevo orden democrático de nuestro país hará todo lo posible para sacarlos de su pobreza y subdesarrollo.

Muchos de entre estas masas están subempleados, sin garantías de poder lograr un trabajo decente mañana. Entran en la categoría de aquellos sobre quienes el estimado Director General de la OIT, Juan Somavia, ha escrito en su excelente Memoria *Superar la pobreza mediante el trabajo*.

Como él dice, para estos africanos la pobreza es una pesadilla, es un círculo vicioso de mala salud, capacidad de trabajo reducida, poca productividad y menor esperanza de vida. Para sus familias la pobreza es una situación en la que están atrapadas. La pobreza trae consigo una escolarización inadecuada, falta de calificaciones, inseguridad de los ingresos, una maternidad precoz, mala salud y muerte temprana. Para estas sociedades, la pobreza es un lastre.

Estas masas esperan de nosotros que cada día, suceda lo que suceda, hablemos y actuemos contra la pobreza.

Esperan que abordemos el desafío de la erradicación de la pobreza, de manera honrada, sin prevaricaciones, poniendo en práctica programas que den resultados reales.

Tienen la voluntad de sobrevivir de la que habla Juan Somavia, pero necesitan el apoyo y las posibilidades para tener la oportunidad de progresar. Esperan que resolveremos las carencias estructurales, los sistemas económicos y sociales ineficaces, las respuestas políticas inadecuadas, la falta de políticas imaginativas, la marginación y el apoyo internacional insuficiente que son la causa de su pobreza, como señala acertadamente el señor Director General.

La Conferencia Internacional del Trabajo y la Organización Internacional del Trabajo ocupan un lugar importante entre las fuerzas mundiales que tienen que unirse para luchar contra la pobreza. Nuestro pueblo y los interlocutores sociales de nuestro país, representados en esta importante Conferencia y nuestras organizaciones de carácter comunitario, consideran un privilegio el tenerles a ustedes como compañeros de lucha en la erradicación de la pobreza en nuestro país, en el resto de África y en el mundo entero.

Con ese mismo espíritu les doy las gracias por la oportunidad que me han brindado de dirigirme a ustedes. Como nuestro pueblo y los señores delegados saben y esperan debemos, igual que ustedes, centrarnos de nuevo en el desafío urgente y fundamental de la guerra mundial contra la pobreza.

En la *Parábola de los Talentos* del Evangelio según San Mateo, un mercader que comerciaba con dinero, enfadado porque uno de sus sirvientes no cumplió con sus deberes como gestor de fondos invirtiendo el talento que se le confirió para comerciar en el mercado de dinero dijo: «siervo malo y negligente, sabías que riego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí. Por tanto, debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo hubiera recibido lo que es mío con los intereses. Quitadle, pues, el talento y dadlo a quien tiene 10 talentos. Porque que al que tiene, le será dado y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el llanto y el rechinar de dientes».

Entre los cientos de millones de personas procedentes del mundo africano, y que viajamos a Europa, la oscuridad a la que condenó el mercader a su sirviente causa mucho llanto y rechinar de dientes. Quienes no oyen y no ven esa agonía, no tienen ni oídos para escuchar, ni ojos para ver.

Pero estoy seguro de que incluso los que no ven o no oyen al pueblo, habrán visto los grandes volúmenes de documentación que describen con grandes detalles estadísticos y texto muy gráfico la magnitud de la pobreza que aflige a miles de millones de personas en África y en el resto del mundo en desarrollo.

El poeta escribió: «Si la música es el alimento del amor, ¡tocad siempre! Dádmela en exceso de manera que, saciado, el apetito mengue y muera». Ya que aquí no hablamos ni de música, ni de amor, no podemos pedir un exceso de información sobre la incidencia y las consecuencias humanas de la pobreza, porque ya tenemos bastante. Sencillamente nosotros, los que estamos sentados en esta sala y otros como nosotros que no están aquí, que constituimos el liderazgo de la humanidad, sabemos todo lo que deberíamos saber ya sobre la pobreza.

El exceso de información disponible para todos nosotros dice que vivimos en un mundo que se define por una falla estructural profunda, económica y social, reflejo de esa explosión de furia del mercader de dinero de la *Parábola de los Talentos*. Esta maldición la echó no sólo a sus sirvientes, sino a todos los pobres del mundo: «al que tiene le será dado y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado». Obviamente, tenemos que explicar lo que acabamos de decir, a menos que se nos acuse de recurrir a argucias y a dramatizar demasiado.

La Unión Europea tiene los llamados Fondos Estructurales Europeos. Estos Fondos apoyan el desarrollo social y económico y la modernización entre los miembros de la Unión y estos fondos estructurales representan más de un tercio del presupuesto de la Unión Europea.

De estos Fondos, para el período 2000-2006, la Unión Europea atribuyó un total de 16.600 millones de euros al Reino Unido para objetivos concretos. Se trata en concreto de los siguientes Fondos:

El Fondo de Desarrollo Regional que pretende mejorar la prosperidad económica, la inclusión social, el desarrollo, la diversificación de la industria en sectores a la zaga con respecto al resto de la Unión.

El Fondo Social que contribuye al desarrollo de los recursos humanos y los programas de igualdad de oportunidades, a luchar contra el desempleo, entre otras cosas, formando a los trabajadores y calificándolos para los puestos de trabajo que están disponibles.

El Fondo Europeo de Orientación y de Garantía Agrícola para alentar la reestructuración y diversificación de las zonas rurales.

El Instrumento Financiero de Orientación de la Pesca.

El Fondo de Iniciativas Comunitarias.

Estos Fondos están a la disposición de todos los países de la Unión Europea, como sabemos, la mayoría de estos son países muy desarrollados.

Con razón, la Unión Europea decidió que hay algunas regiones dentro de los países miembros que están muy por debajo del nivel de desarrollo de la Unión, hasta tal punto que sería incorrecto dejar que sea el mercado el que proporcione los recursos necesarios para acabar con ese subdesarrollo.

Por lo tanto, decidió que la única forma de resolver este problema sería dirigir fondos oficiales especialmente destinados a las zonas afectadas para garantizar que logren los niveles necesarios de desarrollo. Dicho en plata, la Unión decidió que debía llevar a cabo un proceso deliberado de transferencia de recursos para garantizar el desarrollo equilibrado de todas las comunidades dentro de la Unión.

Nosotros estamos convencidos de que esto fue y es una decisión correcta y una práctica adecuada. Me gustaría creer que todos los que estamos aquí compartimos esta opinión y encomiamos a la Unión Europea por no dejarse caer en lo que el financiero George Soros ha descrito como el «fundamentalismo del mercado», que hubiera llevado a la Unión Europea a decidir que las fuerzas del mercado subsanarían cualquier problema de subdesarrollo.

Estoy seguro de que los delegados aquí presentes conocen el Consenso de Washington que se desarrolló a principios de los años noventa. Consistía en una serie de medidas de política que se creían necesarias para estimular el crecimiento económico, sobre todo en países en

desarrollo, garantizando, entre otras cosas, los flujos de capitales necesarios a los países que respetasen dichas medidas, que abarcaban la liberalización del comercio, la disciplina fiscal, una política macroeconómica adecuada, la privatización, la desreglamentación, reformas fiscales, la ausencia de conflictos sociales, la democracia, el fomento de inversiones extranjeras, garantizar los derechos de la propiedad, evitar el «capitalismo amiguista», adherir a todo tipo de normas relativas a la banca, y a los mercados financieros, etc.

Las normas que se han establecido dicen a los pobres que a menos que se pueda asegurar a los que tienen que se les va a dar más, no pueden esperar que los que tienen sientan la más mínima inquietud por el destino de los desposeídos.

En muchos países en desarrollo, los gobiernos, ansiosos por obtener inversiones que tanto necesitan para sacar a su gente del subdesarrollo, adoptaron las condiciones de crecimiento del Consenso de Washington e hicieron todo lo posible por ponerlas en práctica.

Un boletín semanal de fecha 12 de abril de 2000, titulado «El grano de arena», aborda el tema de los flujos de capitales en el contexto de la deuda de los países pobres: en los siguientes términos nadie cuestiona en la actualidad el hecho de que la deuda pública es una carga intolerable para muchos países y pueblos del Sur. Lo admiten incluso las instituciones financieras internacionales. No es que la deuda sea la única causa de la pobreza, del aumento de las diferencias entre ricos y pobres, o del estancamiento del desarrollo, pero agrava y amplifica estos problemas.

En este mismo boletín se dice con demasiada frecuencia, el pago de la deuda tiene prioridad sobre las necesidades vitales de la población. En África Subsahariana, por ejemplo, ha pagado 14.500 millones de dólares para saldar la deuda, una suma mayor que el monto total destinado a la salud pública. En Latinoamérica, el pago de la deuda representa anualmente el 35,6 por ciento de los ingresos procedentes de las exportaciones de mercancías y servicios. En Mozambique, país afectado recientemente por terribles inundaciones, el 33 por ciento del presupuesto de 1995 se destinó al pago de la deuda mientras que las cantidades destinadas a la salud y a la educación representaron tan sólo el 3 y el 7 por ciento respectivamente. Existe una multitud de ejemplos.

El Consenso de Washington instó a los países que cargan con esta deuda a poner en práctica sus políticas como requisito previo para la creación de las condiciones que posibilitarían la solución de sus problemas de pobreza y subdesarrollo a través del mecanismo del mercado. Estos países tenían que acicalarse para seducir, y atraer a los ricos pretendientes cargados de fondos de inversiones que pueblan los mercados mundiales del capital.

Por otro lado y con razón, un país próspero y desarrollado como Reino Unido ha recibido 16.600 millones de euros de la Unión Europea para hacer frente a desafíos en materia de desarrollo que son relativamente poco importantes si se comparan con los que han de hacer frente los países en desarrollo. En el caso del Reino Unido y de otras regiones pertinentes de la Unión Europea, no se les pide que se acicalen para poder recibir los beneficios del mercado ni que dependan únicamente de éste para obtener los recursos que les permitan salir de su relativo atraso.

Tengan en cuenta que, mientras se acicalaba para atraer a los pretendientes, el África Subsahariana estaba transfiriendo a los países ricos del Norte, incluidos los de la Unión Europea, 14.500 millones de dólares para pagar sus deudas. En consecuencia, como todos sabemos, estos países africanos no podían crear empleo ni proporcionar a sus ciudadanos servicios adecuados de salud, nutrición, educación, vivienda, agua limpia, e higiene y otras necesidades básicas.

Parte del dinero que se proporciona al Reino Unido se destina a lo que la Unión Europea describe como un «programa de paz singular» para Irlanda del Norte. Creemos de nuevo que esta decisión de la Unión Europea fue correcta. Sin embargo, en los países en desarrollo, tiene que haber paz, estabilidad y ausencia de conflictos sociales, por utilizar las palabras del Consenso de Washington, antes de que los ricos puedan siquiera empezar a pensar en darles asistencia financiera. En un caso, se asignan recursos para lograr la paz, mientras que, en otro, se exige que haya paz antes de que se pueda siquiera contemplar la asignación de ayudas.

El boletín al que me he referido se titula muy pertinentemente «El grano de arena», y describe en siguientes términos la cruel realidad de los obstáculos que impiden a muchos países en desarrollo salir de la pobreza. La deuda también explica las relaciones entre el Norte y el Sur.

Los programas de ajuste estructural se impusieron a los países del Sur para establecer su capacidad de pago de la deuda y causaron un mayor deterioro de las condiciones de vida de los estratos más frágiles de la población. Las transferencias financieras del Sur al Norte en concepto de pago de la deuda hipotecaron cualquier posibilidad de desarrollo, ya que representaban una suma cuatro veces mayor que el presupuesto de la OCDE para la ayuda pública al desarrollo.

El protagonista de la *Parábola de los talentos* del Evangelio, según San Mateo, dijo que «a todo el que tiene, se le dará y le sobrará pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará».

En efecto, hemos visto cómo en los últimos diez años, a medida que la globalización ha ido generando un crecimiento más rápido y mejores condiciones de vida en algunas partes del mundo, la mayoría de los países pobres se han quedado todavía más marginados, hundiéndose cada vez más en la pobreza.

Al mismo tiempo, muchos de estos países pobres y en desarrollo gastan sus limitados recursos en formar, desarrollar y aumentar la capacidad de sus recursos humanos. Como sabemos, ésta es una de las condiciones para que estos países puedan lograr el desarrollo sostenible, integrarse en la economía global y empezar a competir con los países desarrollados.

Sin embargo, por desgracia, estos países ricos utilizan sus enormes recursos para atraer y contratar a algunos de estos trabajadores profesionales y calificados, consiguiendo que se marchen de sus pobres países de origen para trabajar en los países desarrollados: «A todo el que tiene, se le dará y le sobrará...».

Se puede decir lo mismo de otras cuestiones: materias primas, condiciones comerciales, acceso a los mercados, acceso a medicamentos asequibles, etc. De nuevo, «A todo el que tiene, se le dará y le sobrará...».

En consecuencia, los ciudadanos pobres del mundo tienen derecho a preguntarnos a todos nosotros en esta reunión y en otros foros mundiales, qué podemos hacer

todos juntos para acabar con la situación intolerable que refleja la *Parábola de los talentos*.

Cuando era estudiante de economía en Sudáfrica e Inglaterra, mis profesores nos decían que tenemos que entender claramente que el motor central y fundamental de la economía capitalista es la maximización de los beneficios.

Incluso cuando intentábamos entender fenómenos tan interesantes como las curvas de elasticidad, cuando intentábamos memorizar frases que no guardan relación con la realidad humana, tales como «si se mantienen constantes las otras variables», y cuando habíamos logrado comprender los conceptos de «oferta» y «demanda», siempre teníamos que recordar que el principio fundamental que rige las fuerzas del mercado es el beneficio.

Llevo tiempo sin asistir a una clase de economía pero, tras darle muchas vueltas, no veo por qué en la actualidad los profesores de economía de Sudáfrica e Inglaterra dirían algo distinto a sus alumnos. Por tanto, supongo que, manteniéndose constantes las demás variables, la maximización sigue siendo una característica fundamental de la economía capitalista.

Supongo asimismo que, una vez entendido esto, la Unión Europea decidió que la solución de ciertos problemas sociales no puede ni debe estar en manos de quienes persiguen el objetivo del máximo beneficio.

Supongo que, de esta forma, llegaron a la conclusión de que no es razonable esperar que los problemas de subdesarrollo de Merseyside, de los Highlands escoceses y de regiones parecidas del Reino Unido puedan ser resueltos por quienes, ineluctablemente, deben pensar únicamente en maximizar sus beneficios.

Si todos estos supuestos son correctos, debemos plantearnos necesariamente si los problemas mucho mayores a los que se enfrentan África y los demás países en desarrollo pueden resolverse mediante una dependencia preponderante de quienes no tienen más alternativa que aspirar a obtener el máximo beneficio de sus actividades económicas.

Lo mismo que hemos dicho con respecto a las distintas regiones del Reino Unido puede aplicarse a muchas grandes ciudades de la Europa desarrollada. Estas ciudades también se ven afectadas por el proceso que hemos visto en la *Parábola de los Talentos*, ya que están experimentando un aumento de las disparidades en el nivel de riquezas, el empobrecimiento creciente de ciertos sectores de la población, y el incremento del número de trabajadores pobres y de personas que quedan excluidas del mercado de trabajo.

Queremos insistir en que, como líderes de los pueblos del mundo, debemos comprender adecuadamente y sin tergiversaciones los hechos que todos conocemos, los cuales confirman que la predicción de la parábola sobre el siervo que debía invertir el dinero de su señor, relatada en el Evangelio según San Mateo, era acertada.

Una vez asumida esta posición, considero también que debemos reconocer, como lo ha hecho la Unión Europea, que hay algunos problemas de la pobreza y del subdesarrollo que sólo pueden resolverse mediante un proceso consciente de transferencia de recursos desde los ricos hacia los pobres, a nivel global. Por consiguiente, hay que decidir que quienes han sido elegidos por el pueblo para representarlo y para obrar por el bien público, por encima de intereses particulares, tienen la obligación de velar por que se haga efectiva dicha transferencia de

recursos. La evolución del actual proceso de globalización nos indica que esta decisión ya no puede tomarse únicamente en el nivel nacional. La guerra contra la pobreza global exige hoy emprender acciones globales.

Asimismo, estoy convencido de que los dirigentes aquí reunidos, y los dirigentes congregados en otros foros, deberían reconocer también una verdad fundamental, a saber, que los mayores volúmenes de valor acumulado que se puede utilizar para solventar las graves dificultades estructurales de la pobreza y el subdesarrollo en el ámbito global — es decir, el capital — están en manos privadas.

Por ende, es preciso encontrar los medios adecuados para movilizar este capital a fin de que contribuya a la financiación de la erradicación de la pobreza en todo el mundo. Esto redundaría en el propio interés de quienes poseen el capital, y no es contradictorio con la función central del mismo, que es la obtención de beneficios.

Al comenzar mi alocución, dije que me cuento entre quienes tienen un empleo. Sin duda, como persona, también tengo que preguntarme: ¿qué podría hacer yo para contribuir a la lucha común por erradicar la pobreza? Y no me plantearía esta cuestión por un simple sentido de altruismo, y ni siquiera por un sentido de solidaridad de clase. Me la plantearía porque yo, que no tengo riqueza y vivo del fruto de mi trabajo, considero que no tiene sentido que quienes tienen un empleo hoy día deberían estar desempleados mañana. Me parece que sería un peso intolerable vivir diariamente con el miedo de ser despedido. Me parece que sería igualmente injusto que se amenacen mis derechos como trabajador, simplemente porque hay otra persona a la puerta de la fábrica que espera ocupar mi lugar en el taller, y porque esta persona está dispuesta a aceptar un salario inferior, condiciones laborales intolerables, la precarización del trabajo y la no aplicación de las normas establecidas por la OIT.

Desde esta perspectiva, pues, es mi deber plantearme esta pregunta: ¿qué debería hacer en mi propio interés, para terminar con la pobreza y el subdesarrollo, para contribuir a la realización del objetivo que con tanta elocuencia ha defendido Juan Somavía, es decir, *Superar la pobreza mediante el trabajo*?

Todos los actores sociales, los gobiernos, los empresarios y los trabajadores, están presentes en esta asamblea. Estoy seguro de que cada uno tiene un interés concreto en que se resuelvan los problemas de la pobreza y el subdesarrollo. También estoy seguro de que todos nosotros podremos lograr avances cada vez mayores y más rápidos hacia la realización de este objetivo común, a condición de que actuemos conjuntamente, como interlocutores sociales, en el marco de la alianza tripartita definida por esta Conferencia y por la OIT.

Los pobres del mundo observan con expectativa nuestros trabajos y las decisiones que adoptaremos, así como los programas que pondremos en práctica. Me refiero a los miles de millones que han sido echados a «las tinieblas», allí donde todo es «llanto y rechinar de dientes». Estas grandes mayorías están convencidas de que, colectivamente, tenemos la capacidad de hacer algo para cambiar su condición, e incluso para hacer que tengan acceso a las oportunidades que llevan a la erradicación de la pobreza por medio del trabajo decente, como ha escrito el Director General.

Es posible que esos miles de millones de personas no lo sepan, pero todos los que estamos en esta sala sí lo sabemos: que los recursos para hacer realidad el objetivo

de la erradicación global de la pobreza existen en la economía mundial. La pregunta que todos debemos responder es por qué no estamos empleando estos recursos para conseguir dicho objetivo, de vital importancia para los pobres y para los desempleados, pero también para los asistentes a esta Conferencia, que representan a los mandantes tripartitos de la OIT.

En los últimos años, la comunidad mundial se ha reunido en la Cumbre del Milenio de las Naciones Unidas, la cuarta Conferencia Ministerial de la OMC, en Doha, la Conferencia Internacional sobre la Financiación para el Desarrollo, en Monterrey, y la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible, en Johannesburgo. Si de veras nos proponemos desmentir el vaticinio contenido en la *Parábola de los Talentos*, tenemos la obligación de poner en práctica plenamente las decisiones fundamentales que adoptamos en estas reuniones. Tenemos el deber de velar por que se liberen los recursos necesarios para alcanzar los objetivos que la humanidad se fija en estas históricas asambleas.

Durante este período, los pueblos de mi continente han emprendido la aplicación del programa de desarrollo denominado Nueva Asociación para el Desarrollo de Africa (NEPAD). En el curso de estos procesos, las masas africanas han manifestado claramente que actuarán unidas para poner fin a la guerra y los conflictos en su continente, terminar con las dictaduras y la dominación de élites corrompidas, utilizar sus medios y capacidades para eliminar la pobreza y el subdesarrollo de Africa, y cerrar el largo capítulo de la historia en que muchos en el mundo han querido ver en Africa la representación misma del atraso y la barbarie.

Al mismo tiempo, estas masas africanas han lanzado un llamamiento al resto del mundo, invitándolo a responder al noble objetivo de la solidaridad humana y a romper la maldición ancestral de que miles de millones de seres humanos estén sumidos en las tinieblas, allí donde todo es «llanto y rechinar de dientes»

Yo pertenezco a esas masas africanas que, durante siglos, han estado sumidas, como el «siervo inútil», en las tinieblas, a fin de que algunos pudiesen cosechar lo que no habían sembrado y recoger lo que no habían esparcido.

Pero esas masas son seres humanos que, como ha dicho Juan Somavia, tienen «enormes reservas de coraje, ingenio, perseverancia y apoyo mutuo» y demuestran cotidianamente «la capacidad de adaptación y la creatividad del ser humano [...] los trabajadores pobres son, en última instancia, verdaderos emprendedores».

Por estos motivos, las masas africanas han dicho que, cualesquiera sean las dificultades, romperemos la maldición ancestral. Llegará el momento en que nuevamente se dirá *ex Africa semper aliquid novi* (en Africa siempre surge algo nuevo).

En la sesión plenaria de clausura de la Conferencia de Bretton Woods, que creó el Banco Mundial y el FMI, el 22 de julio de 1944, el famoso economista británico John Maynard Keynes dijo:

«Hemos tenido la tarea de encontrar un denominador común, una norma común, una regla común que sea aplicable a todos y no irrite a nadie. Hemos estado moviéndonos en un terreno de grandes dificultades intelectuales y técnicas. Hemos debido resolver al mismo tiempo las tareas propias del economista, el financiero, el político, el periodista, el propagandista, el jurista, el hombre de Estado y, también diría, el profeta y el adivino... Hemos

mostrado que una asamblea de 44 países es capaz de trabajar conjuntamente en una empresa constructiva, en un ambiente de amistad y de concordia inalterada. Si somos capaces de seguir ocupándonos de tareas más ambiciosas partiendo de esta tarea limitada, considero que hay esperanza para el mundo».

La cuestión que esta Conferencia tendrá que responder es si, 60 años después de la declaración de Keynes, aún podemos afirmar que «hay esperanza para el mundo».

Con todo, si no podemos suscribir esta declaración de forma significativa, tampoco deberíamos dar a pensar que sólo los economistas, financieros, políticos, periodistas, propagandistas, juristas, hombres de Estado, profetas y adivinos pueden hacer oír su voz.

Debemos recordar que incluso quienes están sumidos en las tinieblas, entre quienes hay «llanto y rechinar de dientes», son capaces de hablar. Y que cuando lo hagan, en todos los continentes, incluso aquí donde estamos reunidos, proclamarán: «nosotros somos la esperanza del mundo, libres por fin de la maldición de la *Parábola de los Talentos*».

Mi ruego personal es que esas personas me den la oportunidad de presentarme a ellas, como ustedes me han ofrecido la oportunidad de estar aquí en esta ocasión. Cuando me acogiesen, les diría que he hecho todo cuanto he podido para que ningún ser humano, en ninguna parte del mundo, cualquiera sea su nacionalidad, raza, color, sexo, edad o capacidad, tenga que soportar la falta de dignidad, el dolor y la humillación que imponen el desempleo, el hambre y la privación. Y esperaré de todo corazón que me creyesen.

Les deseo un gran éxito en esta Conferencia Internacional del Trabajo.

*Original inglés:* El PRESIDENTE — Su Excelencia, fue un enorme privilegio para todos nosotros poder escuchar su notable y elocuente discurso que giró en torno a temas de sumo interés para esta asamblea.

El énfasis que ha puesto usted en la igualdad de los seres humanos, independientemente de su raza, color o condición social, no hubiese podido ser dado por nadie con mayor autoridad sobre el tema que usted, que supo combatir valientemente la segregación durante toda su vida.

En nombre de todos los delegados ante esta Conferencia, me sumo al Secretario General para manifestar nuestro profundo pesar a la familia, al Gobierno y al pueblo de Sudáfrica, por la reciente desaparición del gran Walter Sisulu, cuyos sacrificios en aras de la libertad y la dignidad humana jamás se olvidarán.

Como un hombre que ha vivido en el contexto de un sistema político que propagaba discriminación y desigualdad como política nacional, y que se negó a doblegarse, usted y otros héroes de la lucha contra el apartheid han hecho ver los males que la discriminación puede crear para la humanidad. A través de la palabra y de la acción ha demostrado usted oponerse a la injusticia social, no sólo en Sudáfrica, sino en el mundo entero. Esta búsqueda de la justicia social ha dado lugar ahora a la fundación de la Nueva Asociación para el Desarrollo de Africa (NEPAD), de la cual es usted miembro fundador. Su determinación para promover la unidad africana y la integración política y socioeconómica del continente africano a través de la NEPAD se basa en la convicción de que el pueblo africano es interdependiente y comparte

un destino común. Reconocemos los audaces pasos que ha dado para lograr que la NEPAD figurase en el orden del día de la Cumbre del G8, a fin de garantizar su compromiso para ayudar a financiar determinados proyectos.

Nos alienta ver que los proyectos propuestos abarcan sectores fundamentales, como la financiación para la paz y la estabilidad, el desarrollo de las infraestructuras, la agricultura, el agua y el saneamiento, y el comercio, así como el acceso a los mercados. Sobre todos, sus esfuerzos por poner a disposición medicamentos asequibles para combatir el VIH/SIDA en los países pobres, logrará salvar la vida de millones de personas económicamente activas.

Su papel como defensor regional de la paz es digno de encomio. Somos conscientes de sus infatigables esfuerzos por resolver conflictos en Angola, Burundi y la República Democrática del Congo, conflictos que han

causado tantos sufrimientos y pérdidas de vidas humanas.

Al afrontar el desafío de restablecer la paz y la estabilidad en Africa, ha permitido usted que los africanos puedan esperar una situación de paz y de mayor seguridad para todos.

Quisiéramos manifestar nuestra solidaridad con su visión de un mundo libre, un mundo en el que cada hombre y cada mujer viva libre de toda discriminación. El tipo de mundo a cuyo logro usted y otros héroes de la lucha contra el apartheid, como Nelson Mandela, Oliver Tambo, Govan Mbeki, Walter Sisulu, Chris Hanni y otros, dedicaron sus vidas.

Por último, en nombre de esta augusta asamblea, expreso una vez más nuestra gratitud por el honor que nos ha hecho al dirigirse a esta Conferencia.

*(Se levanta la sesión a las 10 h. 45.)*

## INDICE

	Página
<i>Sexta sesión (especial):</i>	
Alocución de Su Excelencia el Sr. Thabo Mbeki, Presidente de la República de Sudáfrica . . . .	1
<i>Oradores:</i> El Presidente, el Secretario General, Sr. Thabo Mbeki.	